

vacilacion y queda allí prisionero, y allí acaban sus glorias del momento, lo mismo que las futuras; pero conocia la localidad al dedillo y sin pretender disputar el paso á muchos enemigos que tambien andaban desorientados y que aun no podian volver en sí del susto, logró salirse, dejando en poder de los realistas cincuenta muertos y heridos, ochenta prisioneros, su artillería, buen número de fusiles y bastantes pertrechos de guerra.

Santa Anna que se creía dueño de Veracruz, como llegó á serlo en efecto, salió de allí estirándose los cabellos, lleno de rabia; pero en cambio, y como poseia en alto grado la ciencia de compaginar partes en que todos los hechos quedaban desfigurados, rindió uno á Iturbide en que solo le faltó decirle que se habia sacado preso al Gobernador.

#### CAPITULO IV.

##### FARSANTERÍAS.

Se puede formar idea de la gran mohina que produjo al moderno Coronel Santa Anna su fracaso veracruzano, leyendo el siguiente párrafo de la proclama que publicó cuando estuvo de vuelta en Orizaba, á donde llegó con felicidad, gracias á que no hubo quien lo siguiera. Dijo en ese célebre documento:

“¡Veracruz! La voz de tu exterminio será desde hoy en adelante el grito de nuestros combatientes al entrar en las batallas; en todas las juntas y senados, el voto de tu ruina se añadirá á todas las deliberaciones. Cartago, de cuya grandeza distas, lo mismo que la humilde grama de los excelsos robles, debe ponerte miedo con su memoria. ¡Mexicanos! Cartago nunca ofendió tanto á Roma como Veracruz á México.



**Sed** romanos, pues teneis Escipiones: Dios os proteje!

Se ve como el decadentismo literario tenía desde entonces sus prosélitos. Por supuesto que Santa Anna no cumplió ninguna de sus amenazas, como despues veremos, y menos cuando no le habia quedado ni un cañon y su tropa salió de aquel extravagante asalto bastante aporreada.

Sin embargo, como tenia á su disposición toda la Provincia, una vez que los realistas apenas ocupaban la plaza de Veracruz, pronto logró reponerse, á lo menos extendiendo su poder á las villas, encontrándolo el nuevo Virrey O'Donojú al llegar al puerto de Veracruz de nuevo rodeando la posicion con algunas fuerzas que apenas sostenian ligeras escaramuzas con los sitiados cuando estos hacian alguna salida.

Esta fué otra de las casualidades que contribuyeron al engrandecimiento de nuestro héroe, la de que fué el primer jefe caracterizado con quien el alto funcionario español tuvo que entenderse. Despues de haber ordenado O'Donojú que cesaran las hostilidades de parte de la plaza y que al ¿quién vive? contestaran los realistas á los insurgentes "Amistad," se dirigió á Santa Anna pidiéndole permiso para entrar al país á conferenciar con Iturbide. Santa Anna sacó partido de esta circunstancia, celebrando pláticas con el nuevo Virrey, al cual, por sí ó por no, le rindió pleito homenaje, sirviendo de jefe de la lucida escolta que lo acompañó en su travesía á Jalapa y haciéndole con todo esmero los honores de la hospitalidad.

Al separarse de allí para volver á su campame le dijo O'Donojú:

—Estoy muy agradecido á sus finezas, señor Santa Anna, y no dejaré de hacer presente al señor Iturbide que si todos los jefes de su ejército son tan bizarros y tan entendidos como su señoría, indudablemente que el uno y los otros estarán llamados á hacer la felicidad de esta Nacion.

—V. E. me honra sobremanera, le contestó Santa Anna inclinándose, yo no he hecho mas que cumplir con mi deber prestando los acatamientos que son debidos á persona tan eminente como Su Excelencia. Réstame pedirle sus superiores órdenes, que cumpliré sean cuales fueren.

O'Donojú se quedó mirándolo y haciendo á un lado la idea que de pronto le habia ocurrido, se conformó con decirle:

—No le ordeno, señor coronel, sino simplemente le recomiendo, como lo he hecho con el Gobernador de Veracruz que se evite el derramamiento de sangre, mientras hablo con el señor Iturbide.

Santa Anna se inclinó.

—Y que si el señor Dávila llega por cualquier circunstancia á caer en las manos de su señoría, continuó diciéndo el Virrey, lo trate con las debidas consideraciones.

—Si no lo sabe V. E. yo se lo haré saber, se apresuró á contestar Santa Anna.—El señor Gobernador Dávila ha sido mi segundo padre, le amo y le respeto, ¿cómo habia de causarle el menor perjuicio?

—Siento que padre é hijo anden tan divididos en



opiniones, señor de Santa Anna, y ahora hasta mas ver.

Santa Anna se fué pensando en ese DE agregado á su apellido que no le caía mal, y el señor O'Donojú se quedó murmurando para sus adentros:

—Tiene trazas de ser un buen perillán este señor de Santa Anna.

Y aquí es fuerza agregar que este señor de Santa Anna, no volvió á figurar en la historia hasta el mes de Octubre, en que despues de consumada la independencia, se le dió aviso de que el Gobernador Dávila se habia trasladado con familia, tropas, cañones, víveres, dinero y cuanto pudo sacar de la plaza de Veracruz al fuerte de San Juan de Ulúa, en donde se hizo señor absoluto contra Iturbide, contra O'Donojú y contra Santa Anna, pero especialmente contra el último, á quien aborrecia con todas sus fuerzas, así como con todas sus fuerzas antes lo amaba. Quizás con algun otro jefe se hubiera entendido; pero con Santa Anna, ¡jamás! y mucho menos teniendo á su lado á Ines que tanto le calentaba la sangre ponderándole la ingratitude de su protegido.

El jefe militar de la Provincia entró á Veracruz, reconociendo como Gobernador al coronel Don Manuel Rincon, nombrado por el Ayuntamiento, rindió un parte á Iturbide, diciéndole que Dávila desde antes le habia ofrecido entregarle la plaza, lo cual no era verdad, y expidió luego la proclama de cajon, en que decia que sus propósitos eran: *dejar cerradas las puertas del ominoso templo de Marte y abiertas únicamente las de Mercurio, Minerva y Flora*, con otras cosas

más que hicieron desternillar de risa á nuestros antepasados, quienes las calificaron de sublime pedantería y que arrancaron pullas al grave Alaman en su "Historia de México."

Sin embargo de los partes, cartas y proclamas con que Santa Anna procuró tener viva su memoria en el cerebro del Generalísimo Iturbide, vió con sorpresa que no apareció su nombre en la lista de los generales, mariscales, brigadieres y coroneles que se reconocieron por decreto del 12 de Octubre, y que antes bien Don Estanislao Luaces, español, resultó nombrado Capitan general de las Provincias de Oriente, quedando comprendida la de Veracruz en dicha capitania como era natural.

—¡Adios de mi dinero! exclamó el héroe dando de patadas contra el suelo, y toda la culpa de este desaire la tiene el condenado Dávila, ese viejo imbécil y caprichudo que todavía quiere sostener en San Juan de Ulúa la bandera española, cuando ya hasta los Virreyes y el Ejército están rendidos.

—En fin, continuó rumiando en su interior, por de pronto debo conformarme con que no me quiten el mando de tropas y ya me haré premiar del mismo señor de Iturbide, ó juro que ha de pesarle.

Este juramento de que habia de pesarle á Iturbide que no se hubiera acordado de él á la hora de repartir las recompensas, lo repetia con mucha frecuencia, principalmente mientras aquel mas se engrandecia, llenándole aquello que estaba pasando en México de grandes rencores y de sentimientos envidiosos. Era cierto que la fortuna le habia vuelto las espaldas



tan pronto como habia empezado á sonreírle, era cierto tambien que se habian producido algunas quejas de los habitantes pacíficos contra su modo de mandar, era cierto que se habia quedado á medio camino; pero era indudable que habia hecho cundir la desmoralizacion en las filas enemigas pasándose á los independientes, con lo cual, reducidos á defenderse en Veracruz, puesto que tambien era cierto que habia penetrado en esta plaza, haciendo grandes destrozos en la guarnicion, su presencia habia servido cuando menos para evitar que allí se extendieran las operaciones militares, que recibieran ó mandaran auxilios á ninguna parte y para tenerlos rigurosamente bloqueados. Si pues habia prestado mayores servicios que Luaces, que Orbegoso que se le habia rendido y que tantos otros que no eran del país ó que si lo eran no habian hecho nada, ¿por qué á él que tanto habia procurado distinguirse peleando con decision y con lealtad, no se le premiaba en el momento del triunfo de un modo ruidoso y conforme á sus hazañas que tanto estrépito habian metido? Indudablemente tendria que pagársela el Señor Iturbide si no enmendaba pronto su falta.

Algo mohíno, principalmente porque el viejo Dávila estaba muy fuerte con sus cañones en San Juan de Ulúa y no tenía elementos para atacarlo, salió de Veracruz para establecerse en Jalapa, dándose el título de comandante general de la Provincia, el cual nadie tenia derecho de disputarle, una vez que lo habia conquistado á fuerza de su brazo, de su astucia y de sus proclamas.

Para expedir otra de estas con la cual se prometia meter muchísimo ruido, le presentó oportunidad el coronel realista Don Manuel de la Concha que se le presentó en Jalapa repentinamente.

—Pero que anda vd. haciendo solo, Don Manuel? le preguntó Santa Anna finjiéndose asustado, pues demasiado bien sabia ya que habia de presentársele.

—Me voy á embarcar en Veracruz para España, le contestó Concha.

—Si, ya sabia yo que el gobierno le habia concedido la licencia y el pasaporte, pero entendia que ya habia llegado al puerto por otro camino.

—No, señor coronel, me he venido por aquí contando con sus garantías.

—Pues por milagro tenga que haya vd. llegado con bien, porque tiene muchísimos enemigos.

—He tomado mis precauciones viniéndome por los pueblos en que no soy conocido y viajando de incógnito.

—Me alegro muchísimo de que haya llegado con bien, porque ahora de aquí en adelante, si no es á la salida de la poblacion ya no tendrá riesgo ninguno.

—Cómo! Ud. cree?

—Que si algunas gentes han sabido su llegada, de seguro que irán á esperarlo en el camino. ¿Quiere vd. una escolta para mayor seguridad?

Concha aceptó; pero luego que vió la catadura de los hombres que le ofrecía Santa Anna la rehusó políticamente diciendo que prefería adoptar otro partido.



Era desconfiado, sabía que le odiaban por las crueldades que había cometido con los insurgentes hasta aplicándoles el tormento, habiendo hecho derramar la sangre y las lágrimas con la mayor indiferencia, y aconsejado por el miedo, tomó un disfraz y salió de Jalapa sin avisar á nadie.

Después de haber traspuesto las últimas casas de la población, en el primer recodo del camino fué asaltado por cuatro hombres que llevaban cubierto el rostro, el jefe de los cuales le dijo dándole la primera cuchillada:

—¡Ah! infame, bandido, toma para que pagues de una vez tus crímenes, ya no harás más víctimas, bestia sanguinaria, ¡toma!

Y le hundió por segunda vez la espada, acabándolo de destrozarse sus compañeros.

Entonces fué cuando Santa Anna dió su proclama diciendo que había querido salvar á Concha y que este lo había rehusado escapándose imprudentemente de la compañía de la escolta, pero agregaba con entonación trágica que los asesinos recibirían un castigo ejemplar.

—Está buena la proclama, dijo Santa Anna á su secretario, (debemos advertir que él nunca supo escribir proclamas) ni nada, pero es necesario que vaya una carta más ardiente aun.—Y en la carta decía Santa Anna á Iturbide que su próxima elevación al trono sería “una digna recompensa al mérito más sublime, y un dique poderosísimo que oponer á la furiosa avenida de las pasiones más exaltadas. Viva Vuestra Magestad para nuestra gloria, y

esta expresión sea tan grata que el dulce nombre de Agustin 1.º se trasmita á nuestros nietos, dándoles una idea de las memorables acciones de nuestro libertador. Ellos por la historia se eternizarán como es justísimo, y yo en unión del Regimiento de infantería de línea número 8 que mando, y que bajo mi dirección estaba prontísimo á dar tan político como glorioso paso mucho antes de ahora, sintiendo no hayamos sido los motores de tan digna exaltación: más si los primeros en esta Provincia que tributamos á V. M. nuestros sumisos respetos, si los primeros que ofrecemos nuestras vidas y personas por conservar la respetable existencia de V. M. y corona que tan dignamente obtiene, lo que cumpliremos exactamente y nos complacemos gustosos en repetir: somos constantes súbditos que verterán su sangre por el más digno emperador.”

—Excelente, magnífica, soberbia carta! exclamó luego que se la leyó el secretario, ¿quién dará una prueba mayor de adhesión á Su Magestad? Ahora que se saquen copias y que se me dé á firmar la que ha de ir por el correo.

Después que la volvió á leer al firmarla dijo para sus adentros:

—Está comprometedor la carta, pero eso no quitará que me la pague el Sr. de Iturbide, si no me levanta tanto como yo quiero.

Los asesinos de Concha fueron descubiertos y aprehendidos, pero no se les hizo nada. El principal de ellos fué protegido por Iturbide, según asegura Alman. ¿Qué habría en eso? ¡Misterio! Ese quedó en



las tinieblas como tantos hechos que deja entre velos la historia.

Sigamos adelante.

Con el regimiento de la Union y Cazadores del Imperio, se formó en Enero de 1822 el 8.º Cuerpo de infantería que quedó de guarnicion en Jalapa al mando de Santa Anna, haciéndosele saber que el Ministro de la Guerra de acuerdo con la regencia solo á los jefes distinguidos daba mando de tropas.

—¡Vaya! esto es algo, murmuró Santa Anna, pero no todo lo que deseaba.

En el mes de Abril quiso hacer el ex-gobernador Dávila, que permanecía en Veracruz, una contrarevolucion, contando con los españoles que quedaban en el país é invitando á que entrara en ella al mismo Iturbide; entonces el Capitan general Luaces que se ocupaba del embarque de parte de esas tropas, voló á Jalapa y dijo á Santa Anna:

—En el acto sale vd. con su cuerpo y con la caballeria de los destacamentos que se le incorporarán, á cubrir la Sierra de Jalacingo.

—¿Pues qué hay, mi general?

—Que el tenaz Dávila ha hecho un lio comprometiéndonos á todos los españoles. Para que vea Iturbide que hay lealtad, fusila usted á todos los prisioneros.

Santa Anna salió casi sin saber lo que sucedía, pero la contrarevolucion fué deshecha en otros puntos, sin que á él le tocara nada y volvió despues tranquilamente á Jalapa.

Estaba allí fastidiándose, cuando el 25 de Mayo le

llegó la ya esperada noticia de la proclamacion de Iturbide como emperador y exclamó:

—Ahora va la mia.

A renglon seguido publicó una proclama, ¡cuándo habia de faltar la proclama! en la que decia entre otras cosas: "No me es posible contener el exceso de mi gozo por ser esta medida la más análoga á la prosperidad comun por la que suspirábamos y estábamos dispuestos á que se efectuase, aun cuando fuese necesario exterminar algunos genios díscolos y perturbadores; distantes de poseer las verdaderas virtudes de ciudadanos: anticipémonos, pues, corramos velozmente á proclamar y á jurar al inmortal Iturbide por emperador, ofreciéndole ser sus más constantes defensores hasta perder la existencia: sea el regimiento que mando el que primero acredite con esta irrefragable prueba, cuán activo, cuán particular interés toma en ver recompesado el mérito y afirmado el gobierno paternal que nos ha de reglr. Multipliquemos nuestras voces llenos de júbilo y digamos sin cesar complaciéndonos en repetir: ¡Viva Agustin 1.º emperador de México!"